



Manuela Sáenz: Mujer del Amor y de la Gloria

por Pedro Jorge VERA

MANUELA era bella, Manuela era elegante, Manuela era sutil; "sus movimientos eran gráciles y ligeros, como los de una pluma en el aire", dice un biógrafo de Bolívar. Pero también fue amorosa, recta, valiente, heroica, tan pronto el amor la invadió. El amor "verdadero, el amor integral, no los convencionalismos de su matrimonio, sino la embriaguez que le provocó el Libertador y que le hizo cambiar su vida; para acompañarlo hasta el final.

Mujer tan singular, mujer tan mejor —la única que pudo vencer al constante Bolívar, quien la amó casi tanto como a la gloria que lo obsesionó, Manuela Sáenz es una convencionalista discutida figura histórica. Los biógrafos pacatos, los bolivarianos profesionales, los bestias de la historia, querían una Manolita immaculada, cuyas relaciones con el Dr. Thorne se hubiesen limitado a un matrimonio blanco; una libertadora de secretaría y no la "admirable loca" que entregó al héroe de la paz y de la guerra. Quiénes han hecho del culto a Bolívar una religión, saiguen por lo menos un placido reconocimiento de sus debilidades y han convertido en tabú las páginas estrepitosas de sus amores; para ellos, Manuela Sáenz es la buena heroína, casta, asediada, que entregó a Bolívar las maravillas de su espíritu y no las de su cuerpo.

Pero la verdad es que Manuela fue una mujer enamorada. Enamorada por igual del héroe y del hombre.

Con sus 12 años frutales, se aburría junto al médico inglés, solenne y respetable con quien estaba casada. Los vientos de la independencia que recorrían América, agitaron también su alma novelera de críola. Y cuando, después del triunfo de Sucre, en el Pichincha, Bolívar hizo su entrada apoteósica a Quito, ella estuvo júbilos y engalanada en su balcón, a conocer al héroe legendario que bajaba triunfal desde Nueva Granada.

Si todo Quito vibraba y curula de flores al Libertador, ésta solo tuvo ojos para la joven americana que le arrojó una flor que él recogió en el aire. Ese noche, bailaron juntos hasta el alba; él como siempre, andar y galante, ella, fresca y desovuelta; los días, felicitando el día que sólo terminaría con la muerte.

A los 20 años, Bolívar había coleccionado muchas creaciones. Ardiente, nervioso, sensual, la mujer era una de sus necesidades primordiales y tanto en la vida solitaria de su primera juventud como en la agitada tarea de liberar América, nunca le faltó, ni la dulce ternura ni la cálida sangre femenina.



Unas más, otras menos, siempre mujer libre, sin embargo, usó su fe, oración y sus sentidos. Fueron, casi siempre, sucesos aventurados, a los que se entregaba brava y apasionada, pero que duraron tanto como una campaña. Impulsado aún de la última mujer, ya estaba Bolívar conquistando a la que debía acompañarlo otra corta temporada. Ni Teresa Toro, la segunda esposa juvenil; ni Fosny Villar, la prima escueta y mandana, escaparon a ese destino de su creación, más hecho para el presente que para el recuerdo.

Pero, acaso porque Manuela Sáenz estaba forjada en el mismo barro que Simón Bolívar, porque al igual que él, sólo conocía la apatía del amor, porque los hermanos el mismo desprecio por los convencionalismos y los prejuicios, su encuentro fue decisivo para ese voluble corazón.

Otras de sus mujeres también habían dejado todo por seguirlo, y en la dureza de las campañas habían sido tan valientes como lo fueron al renunciar a sus comodidades por este Libertador de 36 años. La quiebra Manuela estaba preparada para la acción, pues dentro de la disciplina británica de su hogar, había aprendido a domar caballos, a engañar el florete, a disparar armas de fuego. Pero antes de que ella abandonara a su médico por seguir a Bolívar, antes de que se revelara como "la Libertadora del Libertador", ya éste había caído ante su embrujo.

Así, cuando él dejó Quito para ir a Guayaquil a esperar a San Martín, le preguntó si estaría dispuesta a seguirlo. Manuela contestó con una sonrisa

que era una promesa. Y a los pocos días, dejaba el orden y el sosiego de su hogar para ir en busca del amor.

Ya en Guayaquil, se convirtió en su sombra. Vestiendo traje de gala en las recepciones, desfilaba las barreras y oficiaba como primera dama. Vestiendo uniforme de úsur y premeditada una lanza, cabalgaba junto a su hombre y su Libertador en las feroces campañas contra los realistas de Potosí, que no daban su brazo a torcer. Montada en un caballo tan blanco como el de Simón, arremetía con la decisión del más intrépido de los soldados. Entre los adalides y la amaban. Le entregaba, como trofeo, los bigotes de los adversarios caídos que ella costó sobre una chalina blanca.

Desde Quito, su marido le escribía reclamándole el regreso, en tónico pedón de su locura heroica y erótica. Ella le respondía con el cruel desparpajo de la mujer enamorada y feliz, reprochándole al médico ser "muy inglés" y muy aburrido. En cambio el Libertador...

Cada un año duró esta unidad integral del Libertador y la Libertadora. Él tenía que ir al Perú, a continuar su misión, etapa particularmente dura, como que Lima era la Ciudad de los Virreyes. Mas, no obstante que su adorable loca había demostrado ser la compañera ideal, Bolívar resolvió dejársela. No porque su corazón no la necesitara, sino precisamente, por lo contrario.

Illuminada, voluntarioso, autoritario, Bolívar sintió que el encanto de esta mujer extraordinaria iba minando su voluntad, haciendo del amor una fuerza tan poderosa —o más poderosa— como la acción. No, él no era el hombre del amor sino el hombre de la gloria.

Partió solo a Lima. Manuela, calmada con la promesa de que él la llamaría en breve, volvió a su hogar de Quito donde el doctor Thorne la recibió amablemente, sin reproches.

Con esta separación se cumplió la primera de las cuatro creaciones de Manuela Sáenz, alrededor de las cuales Víctor W. von Hagen traza una amañada biografía de la gran mujer. G. Humberto Mata —poeta y novelista quiteño— le sale al frente con una "refutación" a lo que llama errores garrafales de documentación e interpretación. Irerros viendo en artículos sucesivos lo esencial de estas divergencias. Mas, cualesquiera que éstas sean y sea cual fuere el resultado de la confrontación, nada quitará brillo a la figura de Manuela Sáenz, amante y heroína, mujer del amor y de la gloria.

La Nación, Stgo. Dgo. 2 de febrero 1964, p. 8.

Manuela Sáenz : mujer del amor y de la gloria La mujer, en la vida de Simón Bolívar [artículo] : Pedro Jorge Vera.

AUTORÍA

Vera, Pedro Jorge, 1914-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1964

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Manuela Sáenz : mujer del amor y de la gloria La mujer, en la vida de Simon Bolívar [artículo] : Pedro Jorge Vera.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile